

Migraciones bolivianas en el contexto de la globalización

Jean- Paul Guevara

Publicado en: *Alternativas Sur*, vol. III, num. 1, 2004, pp. 171-187.

El Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) es un espacio de reflexión que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social, la calidad de la democracia y la paz en la sociedad actual, desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial)

C/ Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Tel.: 91 576 32 99 – Fax: 91 577 47 26 – cip@fuhem.es – www.cip.fuhem.es

Migraciones bolivianas en el contexto de la globalización

Jean-Paul Guevara*

Durante los últimos cincuenta años, y cada vez con mayor virulencia, se ha comenzado a penalizar los movimientos poblacionales, justo cuando los flujos migratorios Sur-Norte se incrementan y la precariedad económica de los países mono exportadores y con materias primas ya casi sin valor en el mercado mundial aumentan notablemente. En un mundo cada vez más interconectado, donde las fronteras físicas parecen haber desaparecido para los capitales financieros y las empresas transnacionales, las migraciones tienen un papel protagonista. Este artículo analiza los cambios en las migraciones de la población boliviana en el marco del proceso de globalización. La descripción y análisis de la migración de bolivianos/as a Argentina permite realizar algunas caracterizaciones generales y observar sus cambios y tendencias recientes. Se trata de analizar, a partir del caso particular boliviano, cómo las tendencias globales afectan a prácticas y patrones demográficos (como la migración) que existían mucho antes que este fenómeno mundial, para luego plantear algunas consecuencias y/o posibles escenarios futuros.

La migración es un acto tan antiguo como la humanidad. Seguramente, hace cientos de miles de años, los homínidos antepasados de la humanidad actual ya ejercían su derecho y necesidad de trasladarse a través de distintos territorios y paisajes. Estos movimientos poblacionales se dieron permanentemente a través de la historia, hasta el punto de que podría decirse que la migración, el movimiento de la población, es una de las características básicas del ser humano. Es imposible pensar en el poblamiento del planeta, hasta la actual fase de globalización, sin que mediase una gran movilidad poblacional entre y dentro de los continentes.

Sin embargo, fue a fines del siglo XIX cuando las migraciones se convirtieron en un campo de estudio particular para sociólogos, economistas y demógrafos (*Leyes de la Migración*, Ravenstein, 1885). En aquella época se estudiaban los efectos y

* Politólogo boliviano, consultor y profesor de posgrado en varias universidades de Bolivia.

causas del traslado de la población y todavía se reconocían sus efectos positivos (como librar a la población de hambrunas o aminsonar los efectos del desempleo y las crisis económicas). Esta perspectiva fue cambiando de forma rápida, a la vez que se va imponiendo una visión y análisis que penaliza las migraciones de las personas de países no industrializados.

Actualmente, este fenómeno demográfico tiene unas características y dimensiones particulares. Por un lado, en cuanto al número de personas y a la magnitud de población inmersa en este proceso. Por otro, por la dirección homogénea que va adquiriendo el flujo migratorio internacional y, posiblemente como resultado de este último aspecto, el carácter negativo que se asocia a estos traslados. Durante los últimos cincuenta años, y cada vez con mayor virulencia, se ha comenzado a penalizar a los movimientos poblacionales, justo cuando los flujos migratorios Sur-Norte se han incrementado y la precariedad económica de los países mono exportadores y con materias primas ya casi sin valor en el mercado mundial ha aumentado notablemente.

En un mundo cada vez más interconectado, donde las fronteras físicas parecen haber desaparecido para los capitales financieros y las empresas transnacionales, las migraciones tienen un papel protagonista. De acuerdo con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), “al igual que otras corrientes, financieras o comerciales, de información o de ideas, la creciente oleada de personas que cruzan las fronteras es uno de los indicadores más fiables de la intensidad de la globalización”. (IOM, 2003,1).

De acuerdo a las últimas estimaciones de esta institución, para el año 2003, una de cada 35 personas en el mundo es un migrante internacional; lo que representa el 2,9% de la población mundial. Además, se estima que esta cifra se ha más que duplicado entre 1975 y el año 2000, pasando de 80 a 175 millones de migrantes en el mundo. El número llama la atención, pero más aún la tendencia y el direccionamiento de estas migraciones: más del 55% se dirigía hacia los países industrializados del Norte (Europa y EE UU). La proporción de migrantes en comparación con la población total de los países receptores es del 13% en América del Norte y del 7,7% Europa (IOM, 2003, 1). Como señala Zamagni, “los movimientos de personas de un país a otro o de una región a otra no habían conocido la intensidad y el carácter problemático de la época en que vivimos” (200, 560).

Para Bolivia, país enclavado en el centro de América del Sur, los movimientos de población también tienen un peso importante en su dinámica demográfica. Se puede decir que los movimientos poblacionales fueron parte intrínseca de sus culturas originarias y de su historia contemporánea. Los flujos migratorios más importantes que se dieron en Bolivia desde antes de la época republicana se dirigieron hacia la República Argentina, un país con el que comparte 733 kilómetros de frontera en el sur. Este fenómeno ha sido y es tan importante que muchos estudios hablan de más de un millón y medio de bolivianos y bolivianas viviendo en el país vecino. Sin embargo, como ocurre a escala mundial, este fenómeno ha enfrentado algunos cambios durante la última década, producto del nuevo contexto económico, social y comunicacional de la globalización.

Bolivia, población y migraciones

Las poblaciones pre-hispánicas que habitaban en la región ahora conocida como Bolivia tenían un manejo espacial del territorio que incidía también en sus dinámicas demográficas. De acuerdo a una cosmovisión espacio-céntrica, se distribuían y ocupaban el territorio por medio de un manejo simultáneo de múltiples pisos ecológicos que iban desde las llanuras amazónicas hasta el Pacífico. Por esta razón, la mayoría de la población estaba ubicada en la región occidental del país, en la altiplanicie entre las cordilleras y en los pliegues de éstas, lo que a primera vista daba la sensación de una distribución desequilibrada en el territorio. Este patrón se mantiene hasta la actualidad, con dos terceras partes de la población boliviana concentrada en la región occidental del país.

Durante la colonia, a partir de una concepción tempo-céntrica y de un espíritu de conquista, los españoles buscaron ocupar el territorio en un esquema “expansionista defensivo”, a partir de núcleos urbanos o centros coloniales que posteriormente derivaron en ciudades. La lógica de “fortín/dominio” de estos asentamientos estaba directamente relacionada con la explotación de los recursos naturales más preciados por los colonizadores, principalmente minerales.

Paradójicamente, a pesar de que se sometía y utilizaba a toda la población que habitaba en la región de los Andes (abundante como mano de obra), los conquistadores desarro-

llaron un imaginario de falta de población. En base a él se hablaba de un territorio “deshabitado”, un territorio despoblado que, además, contaba con una distribución de población desequilibrada.

Esta idea de falta de población, situada en un contexto donde cientos de miles de indígenas eran explotados en condiciones cuasi esclavistas en las minas y los campos, se explica principalmente por la invisibilización del “otro”, que caracterizó a los colonizadores europeos. Esta invisibilización tenía bases teóricas e ideológicas muy fuertes, hasta el punto de que se debatía si los indígenas que habitaban el continente eran seres humanos o no y si tenían alma. Al no reconocer a los pobladores originarios como congéneres, era imposible “verlos”, reconocer su trabajo, su ocupación y su espacio y, por tanto, era posible hablar de un territorio deshabitado, falto de “gentes”.

Este imaginario colonial fue parte constitutiva de Bolivia y la ha acompañado a lo largo de toda su vida republicana, dejando rastros hasta el presente. Un ejemplo de cómo se constituye en política de Estado se encuentra en uno de los primeros Decretos del Gobierno Independiente de Bolivia, el primero referido explícitamente a su población. A principios de 1826, el entonces presidente General Antonio José de Sucre, jefe del Ejército Libertador, señalaba:

“Que entre todos los deberes del Gobierno, el más esencial a la prosperidad del país, es el aumento de la población, con lo cual se obtendrán todas las riquezas (...) Que el más fácil medio de aumentarse la población, es promover la inmigración y que ésta no se obtiene sin garantías sociales, e invitando a todos los hombres a venir a Bolivia, a profesar el culto de la libertad; oída la diputación permanente...”.

Decreta:

“[Que] los hombres de todos los pueblos y naciones son invitados a venir a Bolivia, donde su libertad civil tiene todas las garantías que den las leyes bolivianas.

[Que] todo extranjero, al declarar con datos positivos, que su objeto es avecindarse en la República, queda exento de pagar otras cargas y pensiones que aquellas a que están sujetos los naturales del país.”.

A partir de entonces, buscando resolver o subsanar los problemas inherentes a esa “ausencia” y mala distribución de población, se llevaron a cabo varias iniciativas para fomentar la inmigración de extranjeros hacia territorio boliviano. Sin embargo, ninguno de los convenios firmados en materia de inmigración (con grupos japoneses, menonitas, rusos, salvadoreños, guatemaltecos y coreanos) tuvo incidencia en términos demográficos y tampoco aportaron de manera significativa a la economía del país. A pesar de todas estas iniciativas, la población extranjera en el país en ningún momento alcanzó niveles elevados y, en la mayoría de los casos, su número terminó disminuyendo.

De manera paralela y contradictoria, desde los años cincuenta fue constante el planteamiento y puesta en marcha de políticas de planificación familiar (control de la natalidad) para la población indígena originaria. Durante todo este periodo de programas y convenios de incentivo a la inmigración de extranjeros, junto con políticas de control de natalidad para la población indígena, Bolivia ha estado perdiendo población por medio de la emigración.

La migración de bolivianos hacia Argentina

La época colonial

La migración y la movilidad poblacional de Bolivia hacia Argentina tiene una historia de siglos. Existen antecedentes que muestran que ya en el siglo XVII muchas de las haciendas de Tucumán ocupaban mano de obra indígena y del “collado”, como denominaban a la población del Alto Perú en aquel entonces. La economía del norte argentino estaba articulada a la de Potosí en más de un sentido, puesto que Potosí era el mercado más grande del continente, tanto para la demanda de productos de ultramar como para ofertar los productos de sus tierras. La importación y exportación de productos de toda la región norte de Argentina se realizó, hasta muy entrado el siglo XIX, por medio de los puertos del océano Pacífico y no por el de Buenos Aires.

A principios del siglo XX, durante los años veinte, la migración de mano de obra desde los países limítrofes hacia Argentina comenzó a aumentar en importancia. El fenómeno se dio principalmente en el norte argentino, donde la industria azucarera, con-

centrada en la provincia de Tucumán, comenzó su expansión hacia Salta y Jujuy. Esta expansión, con la correspondiente demanda estacional de mano de obra para la zafra de la caña, incentivó directamente el flujo migratorio de la población de los valles y del sur de Bolivia. “Se calcula que durante el mes de mayo ingresaban al país [Argentina], vía La Quiaca, más de 30.000 personas, con el fin de trabajar unos cien días aproximadamente (de mayo a noviembre). En el mes de noviembre, parte del contingente regresaba a Bolivia, pero habitualmente cierta cantidad de zafreros/as quedaba instalada en el país en búsqueda de mejores salidas laborales”. (Laumonier, 1990, 7). Buena parte de los migrantes que se quedaban en Argentina al terminar la zafra continuaban trabajando en los cultivos de tabaco o en la horticultura, lo que no significaba, necesariamente, que los procesos de migración temporal terminaran en una migración permanente o semi permanente.

Migraciones en el siglo XX

En el censo de población argentino de 1947 se observa un incremento de los inmigrantes de países vecinos y, a la vez, una reducción en el peso de migrantes uruguayos que, hasta entonces, habían tenido la supremacía entre los migrantes del continente. Según el censo, casi el 88% de los inmigrantes procedentes de Bolivia se establecieron en las provincias de Salta y Jujuy y sólo un 7% en la provincia de Buenos Aires, predominando una dinámica económico-demográfica transfronteriza en la región del norte.

Hasta entonces, las migraciones hacia Argentina respondían a las necesidades del modelo segmentado del mercado laboral argentino. Por un lado existía un sector dinámico y productivo, con salarios más altos y mano de obra mejor cualificada —principalmente migrantes europeos—, ubicado geográficamente en el litoral (Buenos Aires). Por otra parte, el mercado laboral ubicado en el norte y las provincias, con menor productividad pero con mayor demanda y requerimientos de mano de obra poco cualificada, que dependía del bajo costo de la fuerza laboral para su funcionamiento.

Esta característica perduró hasta el inicio del proceso de sustitución de importaciones. En este periodo, los flujos migratorios

principales comenzaron a dirigirse a las ciudades (rural-urbano) para llenar los requerimientos de la naciente industria. Sólo en el área de la migración estacional hacia el campo (principalmente en las provincias del norte) se mantuvo la segmentación del mercado laboral. En este periodo se observa un incremento del flujo migratorio procedente de Bolivia.

Por el avance de la sustitución de importaciones, el proceso migratorio fue concentrando su flujo hacia las áreas industriales situadas en los márgenes de las grandes ciudades, principalmente Buenos Aires. Es decir que, sin negar las precarias condiciones socioeconómicas de los migrantes en Bolivia, estas migraciones estaban también determinadas por la demanda de mano de obra barata, no cualificada, tanto en las áreas urbanas, principalmente en la construcción, como en las rurales, por la falta de mano de obra en la agricultura, debido al desplazamiento de la población local hacia las ciudades y fábricas.

Durante el mismo periodo, un hecho de profunda trascendencia marcó la historia de Bolivia: la Revolución Nacional de 1952. Las medidas que acompañaron a este evento histórico transformaron las estructuras productivas del país, así como las estructuras sociales y políticas que sustentaban al régimen anterior. En lo que se refiere a las migraciones, el fin del pongueaje (servicio obligatorio en las haciendas) y la reforma agraria realizada por la revolución liberaron a la gran masa laboral del área rural boliviana (más del 75% del total) y le brindaron mayor capacidad de movimiento y de traslado. Este cambio afectó principalmente a la movilidad internacional de la fuerza de trabajo, puesto que los desplazamientos internos y el intercambio de productos entre distintos pisos ecológicos siempre estuvo presente.

Hasta la revolución de 1952 no se puede hablar de flujos migratorios importantes de Bolivia hacia el exterior, sino de migraciones estacionales que respondían, principalmente, a dinámicas regionales transfronterizas, particulares, fácilmente ubicables en la zona oeste (norte de Chile y sur de Perú) y al sur (norte de Argentina). Los cambios introducidos por el proceso revolucionario implicaron la liberalización de la fuerza de trabajo y coincidieron con el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que tuvo lugar en Argentina. Ambos fenómenos incentivaron flujos migratorios complementarios que fueron a ubicarse en las provincias fronterizas y ciudades intermedias del país vecino, trasladándose paulatinamente hacia la capital.

Este proceso de crecimiento de los flujos migratorios de bolivianos hacia Argentina respondió a contextos particulares de ambos países y disminuyó de intensidad durante los años setenta debido a varios factores y procesos paralelos. En el caso argentino, se dio una contracción en la demanda de mano de obra agrícola por la introducción de nuevas tecnologías. Paralelamente, por el lado boliviano, se abrieron nuevos territorios de colonización (en la cabecera de la Amazonia) que, en un primer momento, captaron buena parte de los flujos migratorios al interior y exterior del país.

Todo ello tuvo el trasfondo de la intervención de Gobiernos militares autoritarios en los países del Cono Sur que, si bien por un lado “estimaban” la migración de exiliados políticos, por otro impusieron un control férreo en las fronteras que inhibía la movilidad poblacional. “Entre 1970 y 1980, el incremento neto de los migrantes limítrofes en Argentina fue más bajo que en las décadas anteriores. El proceso más importante que se acentúa en esta etapa es el flujo interno, tanto de argentinos como de migrantes limítrofes, desde las zonas fronterizas hacia el Gran Buenos Aires,¹ donde residía el 45% del total (más de 300.000) y en ciudades intermedias donde residía el 8% del total (unos 56.000)”. (Sassone y De Marco, 1991). Pasado este momento de reducción de los flujos migratorios, a finales de los años setenta y durante los ochenta la población de inmigrantes bolivianos en las zonas urbanas y suburbanas de Argentina aumentó de manera notoria.

Migración y reformas neoliberales

Durante los años ochenta, el flujo de migrantes bolivianos aumentó debido a la situación socioeconómica que se vivía en el país. Una fuerte crisis económica durante el primer quinquenio y la implementación de un Programa de Ajuste Estructural (PAE), elaborado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y puesto en marcha en el mes de septiembre de 1985, incrementaron la vulnerabilidad de la población.

1. Se denomina Gran Buenos Aires a la zona suburbana que rodea la Ciudad de Buenos Aires (N. de la E.).

A partir de estas medidas económicas se contrajo la oferta monetaria, se elevó el desempleo abierto y se “relocalizó” (eufemismo para el despido) a la mayoría de los trabajadores del Estado, lo que dio lugar a que un amplio segmento de la población se trasladara fuera del país y se incrementara el flujo migratorio hacia Argentina. El nuevo perfil de estos migrantes ya no era el de población rural-indígena en busca de trabajo temporal. Se trataba de población urbana, de los centros mineros y de ciudades grandes y medianas, con niveles de educación más elevados y que fueron a asentarse en zonas urbanas argentinas o en la periferia de las mismas.

Una expresión de este cambio de destino es el número de personas que fijaron su residencia en Argentina durante las dos décadas pasadas, por decretos de amnistía o mediante trámites individuales. Entre 1974 y 1994 se radicaron allí 199.903 bolivianos. Pero más allá de la cifra, que subestima el número de inmigrantes, es más importante la evolución de las radicaciones: en 1974 se produjo el 13,31% de ese total, mientras que las de 1994 representan el 64,98%.

Este comportamiento refleja la tendencia que siguieron los países de la región (en los últimos años, el 90% de los migrantes hacia Argentina provienen de países limítrofes), pero el peso del aporte de los migrantes bolivianos supera ampliamente el de otros países. Sólo teniendo en cuenta a los beneficiados por la amnistía que dictó el Gobierno argentino desde noviembre de 1992 a enero de 1994, los inmigrantes bolivianos representaban el 49,78% del total de migrantes limítrofes que regularizaron su situación. En segundo lugar se encontraban los paraguayos, con un 27,55% del total de regularizaciones. De los inmigrantes bolivianos regularizados, el 74,09% había presentado su solicitud en la capital. En segundo lugar de importancia numérica estaban las solicitudes presentadas en la provincia de Salta, con el 7,48%, y en la de Jujuy con un 6,8%. Las cifras muestran la alta concentración de los inmigrantes en Buenos Aires.

Las migraciones de los años noventa encontraron un contexto más homogéneo ya que los programas económicos neoliberales (y sus efectos) no se limitaron a Bolivia, sino que fueron expandiéndose por todos los países del continente. Los PAE contaban con un “recetario” de medidas (privatizaciones, apertura de mercados, reducción del Estado, disciplina fiscal rígida) aplicables a toda ocasión o país. La puesta en marcha de estas políticas en los

países de América Latina incrementó los niveles de pobreza y generalizó la vulnerabilidad económica y de soberanía de los Estados, con Argentina como ejemplo paradigmático. Con la recesión y la crisis económica que se vivió en aquel país, los flujos de migrantes bolivianos que tenían como destino Argentina comenzaron a cambiar de dirección.

En un primer momento, durante la segunda mitad de los años noventa, se incrementó el flujo de población boliviana hacia Brasil, principalmente hacia la región industrial de Sao Paulo. Los efectos de los programas económicos neoliberales en Brasil y la quiebra económica en Argentina reorientaron los flujos migratorios bolivianos hacia los países del Norte. En este sentido, es notorio el incremento de la presencia de bolivianos en EE UU y Europa (principalmente España).

De acuerdo a una encuesta que analiza las percepciones ciudadanas sobre los países y las expectativas de migración,² durante los tres últimos años ha descendido entre la población boliviana la preferencia por migrar hacia Argentina: en mayo de 2001, un 17% de los encuestados expresaba esa preferencia y en mayo de 2002 el porcentaje se redujo al 6%. Se recuperó ligeramente en el año 2003, hasta el 11%, pero sin alcanzar el porcentaje anterior. Otro dato de la misma encuesta se refiere al porcentaje de personas que explicita su preferencia por migrar hacia España. En este caso, durante los tres últimos años el porcentaje aumentó en más de un 100%: en 2001 el 11% de los encuestados prefería emigrar a España, mientras que en 2003 esta preferencia se incrementó hasta el 25% de todas las respuestas. Las cifras muestran claramente el cambio de preferencias y tendencias que se ha dado entre los migrantes bolivianos. Pero también reflejan el “estrechamiento” de las posibilidades de diversificar la migración, concentrándola en algunos países o regiones e incrementando la vulnerabilidad de los migrantes.

De acuerdo a datos del sistema migratorio boliviano, durante el mes de septiembre de 2003, se reportaron más de cincuenta casos de deportación de bolivianos, devueltos por las autoridades

2. Se trata de una encuesta que realiza anualmente, desde el año 2001, la empresa Apoyo, Opinión y Mercado Bolivia y que permite comparar los cambios en la valoración de los países así como la voluntad de migrar de los tres últimos años.

españolas por falta de documentos y/o requisitos migratorios de ese país.

Las migraciones bolivianas frente a la globalización

¿Cómo interpretar estas dinámicas poblacionales a la luz del contexto internacional actual de la globalización? ¿Qué nuevas perspectivas o núcleos de problemas plantea la globalización? Las explicaciones y análisis de las migraciones al principio del siglo XXI deberán ser diferentes de las que se elaboraron durante el siglo XIX y dar una interpretación particular de este fenómeno demográfico, ya que el marco de la globalización ha permitido resignificar y recuperar las particularidades regionales o locales.

Al analizar la particularidad de las migraciones bolivianas en el contexto de la globalización, se puede hablar de un sistema migratorio que se desarrollaba en la región occidental de Bolivia, que involucraba a los países vecinos de la región y que tenía una base cultural muy profunda. Este sistema, hasta hace aproximadamente una década, se fue readecuando permanentemente a contextos distintos (cambios económicos, sociales y políticos de los países y la región), pero siempre permitiendo la reproducción de formas de organización social distintas y que podrían llamarse ancestrales.

Esta dinámica, que permaneció en el tiempo, se puede observar actualmente en las características poblacionales del norte argentino, el norte chileno, el sur peruano y el occidente de Bolivia. En estas regiones es fácil identificar a familias que habitan a ambos lados de la frontera, así como personas que cuentan con documentación de dos países y para quienes la migración y los traslados entre fronteras forman parte de la vida cotidiana.

Estos sistemas, que se conformaron a lo largo de siglos, comenzaron a desestructurarse en el contexto de la globalización. Esta desestructuración es producto de una doble presión del nuevo escenario sobre las comunidades indígenas locales. Por una parte, a nivel local y a partir de las políticas económicas neoliberales (como la apertura de mercados), la incursión de los productos de las empresas transnacionales están avasallando la producción local y desestructurando formas de organización política, social y económica que se encontraban al margen del mercado mundial y que, por eso, permitían la supervivencia y reproducción de esos grupos, que nunca se “beneficiaron” de ningún proceso de

modernización o industrialización. Por otro lado, el proceso de apertura de mercados y traslado incontrolado de capitales desestructura también las economías regionales, que ya no pueden asegurar la supervivencia de sus poblaciones, y obliga a éstas a migrar hacia los países del Norte que son, actualmente, los más beneficiados por esta globalización.

Tiempo y cultura en las migraciones

Las migraciones internacionales, las que implican traspasar líneas fronterizas, no pueden entenderse sólo con análisis de periodos cortos, es decir, con estudios realizados a partir de la constitución de los actuales Estados, al menos en la región andina. En América Latina, las fronteras estatales son producto de las guerras de independencia. Su trazado arbitrario respondía a intereses de las elites regionales y a la correlación de fuerzas entre los grupos de poder “criollos” y el poder de las metrópolis. Esas fronteras impuestas rompieron dinámicas y patrones políticos, económicos, sociales y demográficos de las poblaciones originarias, que existían antes de la llegada de los colonizadores. Este elemento es importante porque algunas de las migraciones internacionales antes descritas son resultado de dinámicas económicas, sociales y demográficas transfronterizas, que existían antes de la “creación” de las Repúblicas independientes y de sus fronteras correspondientes.

Estas migraciones tienen su base, principalmente, en un *habitus* de movilidad poblacional que tenían (y tienen) las culturas originarias de la región de los Andes. Un *habitus* entendido “como un sistema subjetivo, pero no individual, de estructuras internalizadas, esquemas de percepción, concepción y acción común a todos los miembros del mismo grupo o clase” (Bourdieu, 1977, p. 86). Estas estructuraciones no son lineales ni mecánicas, sino un sistema de disposiciones que orienta, al margen de todo cálculo consciente, las prácticas y actividades de los sujetos en los más variados dominios de lo cotidiano, que da coherencia y sentido a todas las acciones y que se “adapta” a un espacio físico determinado.³

3. Para Bourdieu se trata de acciones que están “objetivamente organizadas como estrategias, sin ser el producto de una genuina intención estratégica” (1977, p. 73).

En el caso de Bolivia, los pueblos y culturas que habitaban las tierras altas del occidente del territorio han mantenido una cosmovisión *espacio-céntrica* que se expresa en disposiciones que permiten la movilidad y la utilización de diferentes espacios geográficos y pisos ecológicos. Las migraciones temporales y la movilidad poblacional fueron siempre una constante en sus prácticas de supervivencia y reproducción social. Esto responde también a una “adaptación” al espacio geográfico en el que se desarrollaron. Dadas las características ecológicas de la región y la variedad de ecosistemas y variaciones abruptas en altitudes y clima, la población nativa se ha enfrentado a su entorno, ancestralmente, “mediante desplazamientos humanos constantes, tendientes a diversificar la base de recursos y los medios de subsistencia [...] En este sentido, la migración temporal constituye un estilo de vida vinculado con la estrategia de diversificación ocupacional y generación de fuentes complementarias de ingreso” (Aramburu, 1986, pp. 112-113).

Este *habitus*, no sólo no se perdió con la llegada de los españoles ni durante la colonia, sino que permaneció con sus distintas adaptaciones hasta el siglo XX y pervive en el presente de variadas formas. De acuerdo a una investigación realizada en la zona fronteriza Perú-Bolivia, “los campesinos de la orilla oriental del lago Titicaca, del lado boliviano o peruano, tenían casi todas tierras en los cocalos de los Yungas (región boliviana a 250 kilómetros del lago Titicaca) y un sistema de doble domicilio que se remontaba a la época pre-hispánica. Tanto los campesinos peruanos como los bolivianos iban a estos cocalos que se encontraban por La Paz y pasaban la frontera con doble nacionalidad; luego, cuando comenzó la guerra del Chaco, los campesinos peruanos renunciaron a sus derechos en los cocalos de La Paz, para no ser agarrados por el ejército boliviano, perdiendo su acceso directo a los cocalos de los Yungas” (Saignes 1989, p. 661).

No se trata, por tanto, de estrategias de supervivencia antiguas sino de un *habitus*, un saber de vida, una práctica asociada a una cosmovisión particular que permitía y permite ampliar el espectro de “lo posible” y una mejor y más sostenible utilización de los recursos naturales. No sólo para la supervivencia de una familia, sino para la vida y reproducción de toda una comunidad/sociedad.

Sin embargo, con la globalización estas prácticas se están desestructurando y dando lugar a otro tipo de migraciones de más largo plazo (permanencia) y de mayor alcance (mayor despla-

miento), lo que redundará en una pérdida de lazos y relaciones con las comunidades de origen.

Algunas cuestiones de cara al futuro

Las raíces que dan lugar a las dinámicas de las migraciones bolivianas superan los factores netamente económicos de atracción y/o rechazo de las poblaciones. Es decir, que las leyes de migración propuestas a finales del siglo XIX y que fueron recuperadas de distintas formas y por diversos teóricos durante el siglo XX son insuficientes a la hora de estudiar las particularidades de diferentes sociedades y regiones.

En cuanto a las posibles alternativas de este fenómeno poblacional, de crecientes dimensiones en el contexto actual de la globalización, es importante retomar la idea de que las migraciones son una manera de ampliación de “lo posible” para los seres humanos. Para la humanidad, la migración no ha significado necesariamente traspasar fronteras sino ampliar las fronteras de “lo posible”, tanto en lo individual como a escala social. Ampliar lo posible ha sido un permanente desafío, parte intrínseca de la especie humana que le ha permitido desarrollar muchas potencialidades, tanto en términos sociales como culturales y científicos. Es decir, ha permitido avanzar en el proceso de hominización.

Sin embargo ahora, en pleno proceso de globalización y teniendo en cuenta las estadísticas y los resultados visibles, se puede observar que ésta, tal y como está planteada, está desestructurando procesos demográficos, sociales y políticos de larga historia y poniendo riesgo la sobrevivencia misma de muchas culturas y poblaciones.

Paradójicamente, con todos los avances científicos logrados, muchas poblaciones han visto aumentar su vulnerabilidad (ya sea frente a los fenómenos naturales, como las catástrofes ecológicas y cambios climáticos, o frente a hambrunas y arremetidas del mercado), a partir de la desaparición de las estrategias que les permitían ampliar “lo posible” para su reproducción. Por ello se puede hablar del fracaso de las políticas de desarrollo y, también, del fracaso de las políticas de “cooperación al desarrollo” que impulsan los países del Norte hacia los del Sur. Estas políticas desestructuran economías locales y formas de organización social

y política ancestrales (que se podrían denominar no capitalistas), sin reemplazarlas por alternativas posibles y viables y, menos, por el respeto de su identidad y forma de vida.

Ésta es una cuestión importante puesto que, durante las últimas décadas, se han entendido las migraciones internacionales como un fenómeno de falta o ausencia de desarrollo económico y, con la misma lógica, se pensó que con la ayuda y la cooperación para el desarrollo de los países del “Tercer Mundo” se evitarían los flujos migratorios. El fracaso de estas políticas tiene que ver, más que nada, con el carácter de “empresa civilizatoria” con el que se ha concebido el desarrollo. Es decir, entender el desarrollo como una reproducción del proceso que llevaron a cabo los países del Norte (por medio de la industrialización) y que actualmente es imposible de repetir, no sólo por la brecha tecnológica y por la catástrofe ecológica que implicaría, sino por la lógica de mercado que prima en el contexto internacional.

Sin la perspectiva de poder repetir este proceso de industrialización y crecimiento económico, a los países del Sur sólo les resta exportar sus recursos naturales no renovables (con precios manipulados por el Norte y con un alto coste ambiental) y/o exportar sus recursos humanos. ¿De qué otra forma se puede llamar a las remesas que representan la principal fuente de ingresos para algunos países?

Paralelamente, la lógica fundamentalista de mercado y los intereses del capital financiero tienen como efecto, a nivel local, la desestructuración de formas de vida y convivencia social distintas a las del mercado, principalmente en las poblaciones indígenas que todavía existen en el denominado Tercer Mundo. Dado que estas distintas formas de vida y convivencia son las semillas o ejemplos de “lo posible” a desarrollar y constituyen modos de organización social alternativos a la globalización neoliberal (que también significan alternativas a los flujos migratorios masivos hacia el Norte), sólo a partir de revalorizar y valorar positivamente la diversidad (social, cultural, ambiental) se podrá encontrar “salidas” a esta globalización excluyente y homogeneizadora. Es decir, lo que el proceso globalizador ha logrado en términos reales es reducir los espacios de “lo posible” para la mayoría de los pueblos del Sur, incentivando (directa e indirectamente) mayores migraciones hacia los países industrializados, a la vez que se incrementa la penalización y la respuesta autoritaria a estas migraciones.

En este contexto, si no se reconoce la necesidad de ampliar el marco de “lo posible” a nivel mundial, respetando y velando por el mantenimiento de la diversidad de las formas societales existentes (como las distintas posibilidades de desarrollo), el escenario futuro que aparece es el de mayor conflictividad y de mayor “acoso” a los países del Norte por parte de las poblaciones del Sur.

Bibliografía

- ARAMBURU C., “Estructura agraria y migraciones rurales”, *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, Vol. II, COLMEX-PISPAL-UNAM, México, 1984.
- BOGUE D.J., “Internal Migration”, en Hauser y Duncan: *The Study of Population: an inventory and appraisal*, University of Chicago Press, Chicago, 1959.
- BLANES J., “Movilidad espacial en Bolivia: Reflexiones sobre su carácter temporal”, *Se fue a volver: Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*, El Colegio de México, México, 1986.
- BOURDIEU P., *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, 1977.
- DIRECCIÓN DE POLÍTICAS DE POBLACIÓN (DPP), *Bolivia: la población en el camino del cambio*, Ministerio de Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente de Bolivia, 1996.
- ELIZAGA J. y MACISCO J., *Migraciones internas: Teoría, método y factores sociológicos*, CELADE, Santiago de Chile, 1975.
- FERNÁNDEZ M. E., “Dinámica del Capital y Movimiento Poblacional”, DIERCKXSENS W. y FERNÁNDEZ M. (Eds.) *Economía y Población*, EDUCA, Costa Rica, 1979.
- GERMANI G., “Asimilación de inmigrantes en el medio urbano: notas metodológicas”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. I., 1965.
- GERMANI G., *Sociología de la modernización*, Paidós, Buenos Aires, 1969.
- GUMUCIO D. P., “Mala distribución poblacional”, en *El País Deshabitado*, Biblioteca Popular Boliviana de Última Hora, 1982.
- LAUMONIER I., *La otra inmigración*, Asociación Universitaria Nikkei, Buenos Aires, 1990.
- MÁRMORA L., “La Situación de las Migraciones Internacionales en América Latina: Estado actual, ámbitos de análisis y políticas”, en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, UNAM-COLMEX-PISPAL, México, 1984.
- PEEK P. y STANDING G. (Comp.), *Políticas de Estado y Migración: estudios sobre América Latina y el Caribe*, El Colegio de México, México, 1989.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES, *Cuestiones de Políticas Migratorias*, OIM, Ginebra, 2003.
- RAVENSTEIN E.G., “The Laws of Migration”, *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 48, parte 2, 1885.
- TARAN P., “Migration Today: the global challenge”, *People & the Planet*, Vol. 3, Nº 4, 1997.

- SASSONE S. y DE MARCO, G., “Inmigración limítrofe en la Argentina”, Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Buenos Aires, 1991.
- SAIGNES T., “Politiques du recensement dans les Andes coloniales: décroissance tributaire ou mobilité indigène?”, *Histoire, Économie, Société*, IV, París, 1987.
- ZAMAGNI S., “Migraciones, multiculturalidad y políticas de identidad”, *Revista de Fomento Social*, 224, ETEA, 2001.